

EL CID Y EL MAR

Eduardo MARTÍNEZ RICO
Escritor y periodista

Para mi tío Menel, coronel del Ejército del Aire. Y para la doctora Pilar Jericó.



AS circunstancias, los momentos, crean realidades nuevas... Ésta es una verdad casi inamovible, y si no se dieran esas circunstancias no aparecerían ciertos hechos, personas, fenómenos, cosas. Este artículo nace de una anécdota, de un encuentro, de la reunión de cuatro militares y un civil en un despacho del CESEDEN.

Servidor es escritor y periodista. El 14 de febrero pasado fui al CESEDEN a hacer un reportaje sobre el Centro, su función, su contenido, sus objetivos... Hablé con mucha gente y me pasearon, prácticamente, por todo el edificio. Mis cicerones fueron el teniente coronel Ignacio Vara y el capitán de corbeta Ignacio Céspedes, pero también me atendieron otras personas.

Sin embargo, la «anécdota», la chispa, fue ésta: en el departamento de Organización estábamos el teniente coronel Vara, el capitán de corbeta Céspedes, el comandante Blanes, el capitán de fragata Díaz Espinar, todos profesores... y yo. Me había llamado la atención una revista de la Marina encima de la mesa del capitán de fragata Díaz Espinar. Era la REVISTA GENERAL DE MARINA, y contenía barcos, muchos barcos. Yo no sabía que los españoles teníamos tantos barcos, ni tan modernos, y eso que veraneo cerca de Ferrol, en Puentedeume, donde he podido ver muchos, desde el *Príncipe de Asturias* a fragatas y corbetas.

Mostré mi sorpresa: «No sabía lo que teníamos.» Y creo que eso le pasa también a la mayoría de los españoles: que no sabemos lo que tenemos. «¿Y tenemos un *Cortés*, un *Pizarro*?». Me dijeron que sí, que los teníamos, y me los enseñaron. Entonces pregunté: «¿Y no tenemos un *Cid*?» Como las ideas, igual que las acciones que las siguen, suelen madurarse en equipo, aunque a veces las personas que las elaboran, como una cadena infinita, estén separadas por cientos o miles de años, el teniente coronel Vara dijo: «Propón que le pongan el nombre del Cid a un barco». Mi entusiasmo, templado por las circunstancias, preguntó cómo se podía hacer eso.

TEMAS GENERALES



Monumento del Cid en la ciudad de Burgos.

Y yo, mientras, iba recordando el *Cantar de Mio Cid*, el «sueño del mar» del Cid.

*Pesóleal rey de Marruecos de mio Çid don Rodrigo:
«que en mis heredades fuertemiente es metido,
E él non gelo gradeçe sinon a Jesé Cristo».
Aquel rey de Marruecos ajuntaba sus virtos;
Con cinquenta vezes mil de armas, todos foron conplidos,
Entraron sobre mar, en las barcas son metidos,
Van buscar a Valençia a mio Çid don Rodrigo
Arribado an las naves, fuera eran exidos.*

Pero, ¿cómo se podía hacer esto, cuál era el proceso? Alguien debía apoyar la propuesta, y habría que realizar una mínima investigación, dar una conclusión que apoyara la «vocación marinera» del Cid. No me pareció muy difícil, aunque honestamente más que «vocación marinera» a mí me parece que lo que tuvo Rodrigo Díaz de Vivar fue tendencia al mar, sueño del mar, ganas de

llegar a él, de abordarlo, disfrutarlo y superarlo como tantos conquistadores, descubridores o aventureros.

Rodrigo nace en Vivar, pequeña localidad cercana a Burgos, en lo hondo de Castilla, tierra muy distinta a la añorada Valencia. No es muy difícil imaginar a Rodrigo dilucidando el mar, sí, soñándolo, viviéndolo con los relatos de los viajeros y de los juglares. Él se crió con los príncipes y las infantas, así que debió de disponer de las noticias más frescas, y más lejanas... Entonces ya había cierto concepto de España, Hispania, la península Ibérica, y más adelante los reyes de la Cristiandad, y los moros —los no rebeldes, las taifas—, reconocían a Alfonso VI como emperador de España; esa idea que era España, pero llena de comercio, de diálogo, de guerra fría y pacto.

Esto es más complejo que como lo cuento; tenemos la desgracia de no haber vivido aquello, pero sí en cambio nuestra época apasionante. Era el siglo XI, un tiempo de muchos cambios en la Península, un tiempo de luchas tremendas por el poder y de resistencia ante un enemigo muy fuerte que venía del Magreb: los almorávides, la nueva lanza del islam en Oriente, comandados por el temible y santo Ben Yuçuf.

El Cid parece que tenía una misión muy clara que no incluía, en principio, el salto más allá del mar, el estrecho de Gibraltar y el mar Mediterráneo, pero sabe llegar al límite, que es Valencia. Aspira a la «perla del Mediterráneo», la ciudad más próspera de la costa levantina, por razones estratégicas y porque es el límite. Los grandes conquistadores, los hombres de tierra hacia delante, necesitan límites para superarlos, con su ejército bien cerca, apoyándoles,



Alfonso VI.

TEMAS GENERALES

siguiéndoles, porque nadie hizo nada solo. Una marca en la tierra y allá a lo lejos... ¿quién sabe?

Ya Alfonso VI, emperador de León, antes del desastre de Sagradas, había llegado a uno de estos límites, cabalgando orgullosamente por la playa de Algeciras, haciendo cabriolas, sabiéndose señor de España. El uno topa con el límite del sur y el otro con el del este, estando el norte ya bien cubierto. El Cid cumple su objetivo tomando Valencia, y cuando tiene que enseñársela a su mujer y a sus hijas, en el *Cantar*, les muestra el mar. Las sube al alcázar y, seguramente, con un despliegue de su brazo derecho les enseñaría las maravillas de Valencia:

*Adeliñó mio Cid con ellas al alcázer,
Allá las subió en el más alto logar.
Ojos vellidos catan a todas parte,
Miran Valençia cómo yaze la çidad,
E del otra parte a ojo han el mar,
Miran la huerta, espessa es e grand,
E todas las otras cosas que eran de solaz;
Alçan las manos pora Dios rogar,
Desta ganancia cómo es buena e grand.*

Tenemos que imaginar el orgullo con el que Rodrigo enseña a su mujer la rica ciudad de Valencia y el esperanzador mar. Todos comprendemos la alegría de compartir un logro con nuestra mujer o nuestra novia, con nuestra familia, y Jimena había sufrido toda una vida de privaciones —sobre todo privación de su marido—; se merecía aquello, porque mientras uno lucha el otro espera, aguantando quizá penurias mayores que las del luchador.

Valencia, la ciudad del mar, es para Rodrigo un tesoro, pero al mismo tiempo es impulso para lograr nuevas victorias; por eso la muestra, y la sigue mostrando, a Jimena y a sus hijas, en el *Cantar*. Lo ya conseguido es como un futuro, signo de lo que se va a conseguir:

*¡Grado al Criador e al Padre espirital!
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant:
Con afán gané a Valencia, e ela por heredad,
A menos de muert no la puodo dexar;
Grado al Criador e a santa María madre,
Mis fijas e mi mugier que las tengo acá.
Venídom es deçio de tierras d'allent mar,*

*Entraré en las armas, non la podré dexar;
 Mis fijas e mi mugier veerme an lidiar;
 En estas tierras ajenas verán las moradas cómmo se fazen,
 Afarton verán por los ojos cómmo se gana el pan.*

Valencia proporciona a Rodrigo un rico botín, para él y para sus hombres, pero además supone el límite. Más allá de Valencia está el Mediterráneo y otras tierras muy lejanas, Oriente... y al sur los almorávides, que esperan a atacar. El Cid, al final de su vida, quería lanzarse a la conquista del Magreb, hacia Marruecos, pues el Magreb era en principio la fuente del peligro, y el Oriente una incógnita; pero murió antes de poder hacerlo.

*Mio Çid e sus compañas tan a gran están.
 El ivierno es exido, que el março quiere entrar.
 Decir vos quiero nuevas de allent partes del mar,
 De aquel rey Yúcef que en Marruecos está.*

España se le queda pequeña y siente la necesidad de pegar el salto a África. Además, aunque esto no lo sepamos, no sería mucho suponer que en un momento en el que se desencadena la primera cruzada —papa Gregorio VII— Rodrigo sintiera necesidad de participar, aunque el Vaticano siempre insistía a los caballeros españoles que ellos ya tenían su cruzada, y que se debían a ella.

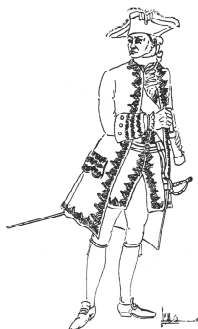
Sí, para Rodrigo, nacido en lo hondo de Burgos, en lo hondo de Castilla, el mar debía de ser como un sueño, una amplificación desmedida de los ríos que él conocía, el Tajo, el Duero... de sus baños y sus juegos en aguas más mansas. No es difícil imaginarlo en las aguas valencianas, en un barco, grande o pequeño, paseando la costa que él conquistó con tanto esfuerzo: Almenara, Yuballa, Valencia... toda esa franja que logró controlar, y gracias a la cual los almorávides no pudieron penetrar en Europa.

El mar, para el Cid, dentro de mi mente y de mi imaginario, es como una estrella que le guía, un anhelo, algo que le debió de dejar boquiabierto cuando lo vio por primera vez, como nos dejó boquiabiertos a todos nosotros, aunque lo hayamos olvidado. Después de mil años es un buen gesto, creo que justo y hermoso, poner el nombre de *Rodrigo Díaz de Vivar*, o el mismo *Cid*, o quizá más cercano *Mio Cid*, a un barco, el que elijan los mandos de la Armada. Un buque que rendiría muy buenos servicios a la Armada española, a las Fuerzas Armadas. Un símbolo, un nombre apegado a un personaje clave en la historia de España.

TEMAS GENERALES

Mandar el *Cid* —o el *Mio Cid*— por esos mares, en misiones de adiestramiento, humanitarias, estratégicas; todo le hubiera gustado, pero esto especialmente, porque era un gran estratega, sinónimo de eficiencia. Un barco con su nombre cumpliría todos los papeles que se le encomendaran. Sabría ser buen embajador ante países amigos, y firme y sólido baluarte ante los enemigos; un signo de que España recuerda a sus héroes, ahora —2007— que se han cumplido ochocientos años del *Cantar de Mio Cid* que conservamos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Los griegos creían mucho en los nombres: decían que nombrar era existir. Bautizar a un barco con el nombre de *Mio Cid* significaría, de algún modo, continuar lo que Rodrigo Díaz de Vivar hizo en vida; prolongar en la nuestra lo mejor de aquella vida.



BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Cantar de Mio Cid*, ed. de Alberto Montaner, Barcelona. Crítica, 1998.
Cantar de Mio Cid: ed. de Ramón Menéndez Pidal, prosificación moderna de Alfonso Reyes, prólogo de Martín de Riquer, edición y guía de lectura de Juan Carlos Conde, Madrid. Espasa-Calpe, 2006.
FLETCHER, Richard: *El Cid*, trad. de Javier Sánchez García-Gutiérrez. Hondarribia. Nerea, 2001.
MARTÍNEZ RICO, Eduardo: *El Cid: el héroe literario a través de los siglos*. Madrid, Dicenda (Revista de Filología de la UCM), 2006.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*. Madrid. Espasa Calpe, 1969.
OLAIZOLA, José Luis: *El Cid, el último héroe*. Barcelona. Planeta-De Agostini, 2000.